

El que escribe estas líneas atravesó la ciudad, desde la Rambla del Centro hasta la entrada de Gracia, á la una y media, sin observar en las calles otra anormalidad que la expresada. No obstante, al penetrar nuevamente en el casco de la población dos horas más tarde, el aspecto había cambiado por completo. La ciudad estaba en plena revolución. Habíanse construído como por encanto centenares de barricadas. Calcúlase en más de 300 metros cuadrados los trozos de calle desempedrados para levantarlas.

En los barrios populares, particularmente en el Paralelo, se había concentrado una multitud enorme, que llenaba por completo la amplia Ronda de San Antonio.

De pronto surgió una columna de humo, elevándose al firmamento, y poco después otra. Eran la iglesia y el convento de las Jerónimas que ardían y el grandioso establecimiento de los escolapios, iglesia, escuela, academia y laboratorio que asimismo acababa de ser entregado á las llamas.

No tardaron en surgir nuevas columnas de humo. Al anochecer del martes ardían, entre la ciudad, el ensanche y los suburbios, una treintena de iglesias y conventos.

El incendio continuó su obra durante toda la noche y parte del siguiente día, destruyendo todos, ó en parte unos 50 edificios de este género.

La célebre quema de conventos del año 35 del pasado siglo había sido un ensayo comparada con la que acababa de producirse.

Una vez que empezaron á arder las iglesias y conventos, los revolucionarios se prepararon para defenderse de la fuerza pública y para continuar el movimiento revolucionario. Varios grupos penetraron en la armería de Roca, de la calle Príncipe de Viana, y se apoderaron de 225 escopetas, 500 revólveres y 35,000 cartuchos. Otros grupos se dirigieron al Cuartel de los Veteranos de la Libertad apoderándose cerca de 500 fusiles y abundantes municiones que allí había. Mientras

tanto, los templos religiosos iban ardiendo, destruyéndose todos los símbolos de aquella religión que tantos crímenes se habían cometido en su nombre.

El miércoles 28, á las seis de la mañana, se oyó desde la capital, nutrido fuego de fusilería por la parte de la barriada de San Martín. En menos de una hora el tiroteo entre la guardia civil, la tropa y el pueblo, se hizo general. Los revolucionarios se defendían como verdaderos leones, siguiendo la lucha hasta entrada la noche, continuando las barricadas en poder del pueblo. En la mañana del día siguiente la lucha se formalizó, debido á haber recibido el capitán general refuerzos de fuera, apoderándose las tropas de las principales posiciones enemigas, continuando los combates hasta el viernes día 31, retirándose los revolucionarios de las barricadas, después de una resistencia heroica y desesperada.

Las víctimas

Las víctimas de la revolución fueron bastante numerosas por ambas partes, cayendo en las barricadas valerosos luchadores que derramaron su sangre generosa en defensa de los derechos del pueblo. La fuerza del gobierno sufrió también numerosas bajas, sucumbiendo numerosos guardias civiles, los cuales pagaron con sus vidas la defensa injusta de la burguesía.

El gobierno del asesino Maura, no se contentó con la sangre derramada en las calles de Barcelona, sino que hizo teñir de rojo los fosos del castillo maldito de Montjuich, fusilando á los revolucionarios José Miguel Baró, Antonio Malet Pujol, Ramón Clemente García, Eugenio del Hoyo Manjón y Francisco Ferrer Guardia.

El fusilamiento de Francisco Ferrer, director de la Escuela Moderna, dió lugar á una protesta mundial, hallándose en la conciencia de todos los hombres libres, la inocencia del educador, el cual fué víctima de la reacción clerical y del furor militarista, para destruir la hermosa obra de regeneración